

Incipiente legalidad

CARLOS CASTILLO LÓPEZ

La noticia se extendió en horas con reacciones de indignación, reclamos públicos a la autoridad, declaraciones de testigos o expertos, los resultados someros de las primeras pesquisas se darán en días sucesivos; en este caso la víctima fue un futbolista, Salvador Cabañas, baleado en un bar que operaba fuera del marco legal.

La escena se repite, dolorosa, y exhibe una vez más, como la ley en el Distrito Federal y en el país está lejos de ser el eje que conduzca la convivencia pacífica y ordenada de sus habitantes, para convertirse en un cúmulo de imposiciones que en caso de estorbar puede ser vendido al precio que imponga quien la ostente. Lo acontecido en el Bar Bar demuestra que ese precio cobra mucho más que lo que vale cualquier cantidad, su incumplimiento ha estado a punto de costar una vida. Hoy, casi, la de un gran jugador, ayer, sí, la de jóvenes que perecieron en el incendio del Lobohombo, o la de las víctimas del New's Divine, situaciones indignantes y ejemplares de corrupción y qué tan graves pueden ser sus consecuencias.

En estos casos se trata del soborno a la autoridad que regula y supervisa discotecas, bares y centros nocturnos; pero al voltear a la esquina un taller opera sin los permisos requeridos y da mantenimiento a los autos en la calle, estorbando el espacio de los que habitan las casas aledañas; en la otra esquina, un conductor da vuelta ante la luz roja del semáforo; en la banqueta, un edificio se levanta y para descargar materiales obliga a los peatones a transitar por el asfalto; más adelante, un ambulante ocupa los adoquines del parque y ofrece copias ilegales de discos y películas... Todo lo anterior, en dos rutas secundarias, donde un policía con una ametralladora hace rondas constantes y rinde informes a una patrulla que pasa a horas indeterminadas.

Así, la ilegalidad, se hace presente de manera cotidiana donde cada prohibición será olvidada por la autoridad que mira pasar como si fuera parte del paisaje urbano, deformación de los usos y costumbres en los que se ha perdido el respeto, incluso el miedo, a quien está obligado a hacer cumplir la ley. No hay respeto porque no hay sanción, donde llega la ilegalidad, el precio puede al-

canzar para comprar impunidad. La impunidad constante lleva a que el camino extralegal resulte más interesante, menos complicado, de mejores y más rápidos resultados, con consecuencias mínimas para los infractores; parafraseando a Fernando Vallejo, la *mordida* es tan útil como la rueda, porque hace que todo funcione.

Hay que esperar las consecuencias para descubrir que la ley no se cumplía y tomar soluciones que, para el caso, redundarán en mayor vigilancia, controles más estrictos en aquellos que no quieren o pueden comprar a la autoridad; la sanción no incidirá en quienes luego de pasado algún tiempo comprenden de nuevo el derecho a no poner una puerta de emergencia; se coarta la libertad de asistir a un lugar porque cumple normas mínimas que garantizan la seguridad.

Se asiste a la conformación de una sociedad donde el eje rector, la ley, se encuentra mancillado, minado por costumbre, burlado por quien, desde el pequeño mundo de un auto, soborna repitiendo la fórmula que el policía sigue para terminar por aceptar el soborno. Sin duda, habrá excepciones porque cumplir la ley no es ni debe ser cuestión de excepción sino un hábito, parte de la cultura, dista mucho de ocurrir y es la punta del iceberg de un problema donde encuentra su raíz el crimen, en cualquiera de sus vertientes, desde la denuncia por robo de auto hasta las que serán noticias de adolescentes asesinados a sangre fría por sicarios en una fiesta, como sucedió en Ciudad Juárez, o mujeres y hombres baleados en una discoteca, en Torreón, todo el mismo día (31 de enero de 2010).

La falta de respeto a la autoridad, la debilidad de marcos legales, la carencia de una reforma que integre un sistema de impartición de justicia capaz de hacer frente a las necesidades de la sociedad son otro frente de guerra contra la inseguridad, compleja como todo enfrentamiento que busca ser transformación de fondo y no sólo atajar consecuencias, sin duda, dolorosas e indignantes, la parte más visible de un estado de derecho vulnerado y todavía débil, inclusive superado en algunos casos, el narcotráfico es prueba de cómo el hábito de la ilegalidad puede crecer hasta convertirse en cárteles que operan al amparo de la impunidad y a la sombra cómplice de la corrupción.

Analista político

